

Viaje a lo inesperado



Alicia Monzón - César A. Bustos

Bustos, Cesar Alberto

Viaje a lo inesperado / Cesar Alberto Bustos ; Alicia Monzón. - 1a ed ilustrada. - San Nicolas : Cesar Alberto Bustos, 2022.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-88-5686-5

1. Crónica de Viajes. I. Monzón, Alicia. II. Título.

CDD 910.4

© 2022, César A. Bustos, Alicia Monzón.

Todas las ilustraciones son de propiedad de los autores.
Prohibido su uso comercial sin previa autorización de los mismos.

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

Julio 2022

*A nuestros hijos, Gabriela y Diego,
y a nuestros treinta y tres años de matrimonio.*

Introducción

Un viaje rara vez resulta algo insulso. Generalmente suele ser placentero o, en ciertos casos, afortunadamente pocos, terminar como una odisea.

En vacaciones pretendemos sentirnos como en casa y al mismo tiempo sin preocupaciones, mientras paseamos y disfrutamos. En Dinamarca y Noruega es común un término que engloba todo eso: “*hygge*” (pronunciado “jüge”), que proviene del noruego antiguo. Define un concepto de estado de ánimo en un sentido muy amplio. Momentos y ambientes que te hacen sentir reconfortado, sin presiones y en un entorno agradable, acogedor, íntimo, de sana convivencia, con bienestar y satisfacción. Algunos estudiosos la vinculan con una antecesora de la palabra inglesa *hug*, o abrazo. También lo definen como el secreto de la felicidad.

Nuestro proyecto contemplaba dos experiencias novedosas para nosotros, alojarnos en casas de familia por Airbnb, y visitar una ciudad muy al norte de Noruega, en el Círculo Polar Ártico, en pleno invierno boreal.



En Ezeiza, a punto de partir.

Es por eso que nosotros, Alicia Monzón y César Bustos, programamos cuidadosamente este viaje. Como jubilado de 65 años de edad en ese momento y esposa, aunque gozando de buena salud, no podíamos dejar mucho librado al azar. Es así que habíamos planeado, luego de hacer una visita a parientes en el sur de España, pasar un período de aclimatación en Alemania, para luego volar hacia el *freezer* del Ártico.

El alojamiento en casas de familia tiene sus ventajas: es más económico y permite alternar con gente del lugar, para conocer mejor sus costumbres e idiomas. Además, la posibilidad de cocinar uno mismo la comida, lo hace más accesible, comprando los alimentos en supermercados. La movilización la haríamos en autobús y los tramos largos en avión, dado que el tren suele ser más caro.

Nunca imaginamos que el viaje terminaría de una manera tan extraña.

España

En la bella ciudad de Madrid fue nuestra primera experiencia en Airbnb, más precisamente en el barrio de Pueblo Nuevo, a pocas cuadras de la calle de Alcalá y a unos 5 km del centro.

Una mujer muy amable y su marido, fueron nuestros anfitriones. Tanto es así que nos prestaron una tarjeta de colectivo, o sea que nos regalaron los pasajes.



Fuente de Cibeles y Palacio de Comunicaciones

De esa manera, al otro día fuimos al centro de Madrid, visitamos la Plaza del Sol y la Plaza Mayor, comimos algo en el Parque de El Retiro, conocimos el museo del Prado, la Puerta de Alcalá y la fuente de Cibeles con el majestuoso Palacio de Comunicaciones enfrente.

Al atardecer volvimos al departamento, retiramos las valijas, agradecemos y fuimos a la estación de autobuses.



Parque de El Retiro.

Luego de viajar toda la noche y dormir en el colectivo, arribamos a Málaga por la mañana temprano.



Teatro romano y Alcazaba.

Desayunamos en la estación y fuimos a nuestro alojamiento. Se trataba de un departamento en el barrio de Capuchinos. El anfitrión era un joven ruso muy simpático que vivía con su madre, una señora también muy amable que nos permitió dejar las valijas, dado que habíamos llegado muy temprano.

El departamento era amplio y cómodo, con un gran patio y una cocina-comedor grande, en uno de cuyos rincones había una jaula que albergaba a una cotorra muy parlanchina.

Salimos a caminar por Málaga. Conocimos la Plaza de los Capuchinos y la Plaza de la Merced, la que posee en el centro el monumento a Torrijos, representado por un gran obelisco.



Vista desde las terrazas del castillo de Gibralfaro.

Visitamos la Alcazaba, fortificación de la época musulmana a los pies del monte Gibralfaro, donde se encuentra el Castillo árabe resguardado por murallas, junto al teatro romano. Luego paseamos a orillas del mar, por el Paseo del Parque y el Palmeral de las Sorpresas y llegamos hasta la Farola, un faro que se encuentra al final de una costanera donde no faltan restaurantes para elegir.

En Málaga conocimos también la iglesia de Santa María de la Victoria, hermosa por dentro, con una ornamentación increíble.



Interior de la Iglesia de la Victoria.

Más tarde visitamos la casa donde nació Pablo Ruiz Picasso, hoy transformada en museo, y la catedral, aunque a ésta la vimos solo por fuera.

Otro día subimos al castillo de Gibralfaro y recorrimos sus jardines y terrazas almenadas desde donde hay una vista panorámica de la ciudad y de toda la zona circundante.

Por la noche, un paseo obligado es la calle Larios, famosa por su iluminación ornamental que se renueva periódicamente según la temporada.



Calle Larios.

Al día siguiente visitamos Sevilla. Allí conocimos los Jardines de Murillo, la Judería, pasamos por el Archivo General de Indias y llegamos a la zona de la Catedral con su famosa torre, la Giralda.



Patio de Banderas. Al fondo, la Giralda.

Entramos en el Alcázar. Es muy grande y atesora hermosas pinturas; tiene una arquitectura increíble, grandes patios y jardines. Cada rincón es digno de ser recorrido para no perderse nada: el Patio de la Mantería a la entrada, el majestuoso Salón de Embajadores con su cúpula dorada, la Sala de la Justicia, el Patio de Yeso, el Estanque de Mercurio, los jardines tan cuidadosamente mantenidos...

Hay dos lugares del Alcázar que en nuestro caso merecen una mención especial. En una foto tomada en 1902 en el Patio de las Doncellas, cuando el abuelo de César estuvo allá, viajando como profesor de fotografía de la Armada, durante el tercer viaje de la Fragata Sarmiento, no se ve la alberca ni los arriates con plantas, sino un piso plano. Era una cubierta de mármol que se instaló entre

los años 1580 y 1584 enterrando todo. En 2002 se descubrieron gracias a unos estudios arqueológicos, y se restableció su aspecto original.



Alcázar de Sevilla. Patio de las Doncellas.



En el Patio de las Doncellas 14 de mayo de 1902. De izquierda a derecha: Alberto Cichero, Carlos Bustos, Luis Orlandini y Celedonio Roca, sobrino del presidente.

En sus memorias, Carlos Ladislao Bustos también mencionaba que en esa oportunidad habían visitado un recinto en el Alcázar donde, se decía, había orado Colón antes de partir rumbo a América. Le consultamos a una guía, quien nos indicó cómo llegar al lugar. Se trataba de la Sala de Audiencias. Allí, entre otras cosas, se exhibe una maqueta de la carabela Santa María y un retablo de la Virgen de los Navegantes o Nuestra Señora del Buen Aire.



Alcázar de Sevilla. Sala de Audiencias y retablo de la Virgen de los Navegantes.



Alcázar de Sevilla. Salón de Embajadores, detalle.



Alcázar de Sevilla. Jardines.

Luego entramos a la catedral, también muy hermosa. A la Giralda se podía subir hasta las 16 horas, y ya era tarde, pero aprovechamos para pasear por el centro y luego por la costanera del Guadalquivir, por el Paseo de Cristóbal Colón, hasta que se hizo la hora de regresar.

Otro día lo fuimos a pasar a Nerja, una población a 58 km al este de Málaga. Allí visitamos parientes, almorzamos con ellos en la playa Burriana y paseamos por esa ciudad turística, una verdadera joya ubicada en la Costa del Sol, sobre el Mediterráneo.



En Nerja, César con su primo Pepe Avetta.

Al menos hay dos cosas que no se deben perder al visitar Nerja, además de sus callecitas tan pintorescas: las Cuevas, un reservorio arqueológico donde hay pinturas rupestres que quizás sean las más antiguas del mundo, y el Balcón de Europa, un mirador con imponentes vistas del mar.



Paseando por la Rambla.

Por la noche volamos a Barcelona. El hostel donde nos alojamos estaba en el barrio Gótico, al cual nos llevó un taxista que casualmente era argentino, y muy atento.



Arco de Triunfo construido para la Exposición Universal de 1888.

Al otro día salimos a caminar. Paseamos por la Rambla, conocimos la Catedral, el Mercado la Boquería, la Casa Batlló, hermosa construcción de Antoni Gaudí y la Casa de la Pedrera, diseñada por el mismo arquitecto.

La Sagrada Familia, imponente iglesia con ocho torres hasta el momento y dos en plena construcción, de un total de dieciocho planeadas por Gaudí. Sus torres están decoradas con una técnica de mosaiquismo llamada trencadís.

Volvimos conociendo muchas plazas y admirando tanta belleza arquitectónica, monumentos, esculturas y fuentes.



En la Sagrada Familia.

Durante nuestro último día en Barcelona, fuimos a Park Güell. Su entrada es hermosa; el parque, grandísimo, con hermosos jardines, senderos empinados y una maravillosa vista de la ciudad. También está el museo de Gaudí, arquitecto que diseñó este parque con su estilo inconfundible.

Por la tarde intentamos subir en funicular al cerro Tibidabo pero no pudimos, porque en esos días estaba en mantenimiento.

A la mañana siguiente tomamos un vuelo que nos llevaría a Alemania.

Freiburg im Breisgau, Alemania

El aeropuerto al que llegamos está en Alsacia, cerca de la frontera tripartita Francia-Alemania-Suiza. El *EuroAirport Basel Mulhouse Freiburg*, sirve a esas tres ciudades. Tomamos un autobús hasta Freiburg, Alemania, y un tranvía hasta nuestro Airbnb. Se trataba de un departamento en un segundo piso en el que vivía un músico llamado Friedemann con su hijo de doce años. Allí teníamos un cuarto muy amplio con ventanales y balcón, y compartíamos el baño y la cocina. Como durante el día los hosts estaban en el trabajo y en la escuela, nos sentíamos dueños de casa. A la noche, si volvíamos temprano, esperábamos que ellos terminaran de cenar, antes de ocupar la cocina.



César en el balcón del departamento del barrio Vauban.

El departamento estaba ubicado en un barrio llamado Vauban. Nuestra primera sorpresa fue que no lo pronunciaban como en alemán, sino con marcado acento francés. Vauban, considerado la ciudad del futuro, es único en Alemania por sus características e historia.



Fundado como base militar de la *Wehrmacht* en 1936, al finalizar la guerra quedó en manos del ejército francés hasta su retirada en 1991, luego de lo cual sus barracas y vehículos abandonados fueron ocupados por hippies y anarquistas. A mediados de los noventa, el municipio de Freiburg compró los terrenos con el objeto de levantar un eco-barrio que tuviera en cuenta tanto el medio ambiente como la integración social. Desde el principio, se estableció que las decisiones se tomarían de forma cooperativa con sus habitantes.



Edificios de Vauban

Se puso en marcha entonces la construcción de un eficiente sistema de tranvías, carriles para bicicletas, zonas peatonales y áreas de estacionamiento para que los vehículos circularan mínimamente por el barrio. Hoy tiene una población de más de 5.000 habitantes y la mayoría no tiene auto, pues en pocos minutos de tranvía se llega al centro de Freiburg, distante 4 km.

Las viviendas han sido diseñadas teniendo en cuenta el ahorro de energía, se calefaccionan por medio de una central que quema residuos forestales y gran parte de la energía eléctrica es obtenida a partir de paneles solares. Algunos de los antiguos habitantes todavía ocupan vehículos militares, lo cual torna muy pintoresco y bohemio a este sector del barrio, llamado Wagenplatz.



Wagenplatz.

En el camino desde la parada de tranvía Paula-Modersohn-Platz hasta el departamento, a unas cuatro cuadras, además del Wagenplatz, había otros tres sitios que despertaron nuestra curiosidad y asombro.



Maqueta con un libro arreglado en forma muy sugestiva.

Uno era una gran maqueta al aire libre, encerrada en vidrio, sobre la cual era común encontrar libros dejados allí para su intercambio. Otro era un gran edificio donde se veía actividad día y noche. Se trataba del Juks St. Georgen, una escuela y al mismo tiempo un centro de formación laboral para jóvenes.

Al tercero, y el más curioso, al principio lo confundimos con una garita de colectivos, pero pronto nos dimos cuenta que por allí no pasaba ningún transporte público, y pocas veces vimos gente entrar o salir. Un día nos acercamos a curiosear. Se trataba de una caseta de unos dos metros de fondo por unos tres de ancho, con una enredadera que cerraba el centro del frente y formaba dos aberturas sin puertas a los lados. En el interior había un armario de cocina y dos heladeras. Los abrimos y estaban llenos de alimentos que la gente deja para quien los necesita. Varios carteles improvisados recomendaban mantener cerradas las puertas de heladeras y armario y mantener limpio el lugar.



Caseta con alimentos

Nuestro hijo Diego estaba allí desde el 2 de enero, haciendo un curso de alemán de dos meses. Por la tarde nos encontramos con él y nos mostró el departamento donde se alojaba y la escuela. También nos acompañó a comprar chips para los teléfonos, dado que conoce bien el tema y maneja el idioma. Luego paseamos los tres por la ciudad.



Encuentro con Diego.

Uno de los primeros días, Friedemann, el dueño de casa, nos recomendó visitar Schönberg, una colina que estaba muy cerca, al sur del barrio. Desde sus suaves laderas, cubiertas de viñedos, había una vista hermosa de la ciudad. Algo que nos llamó la atención fue la cantidad de gente caminando o trotando por sus senderos, y la cordialidad con que todos saludaban al pasar.



Schönberg y vista de la ciudad.

Lo mismo pudimos apreciar en el centro de la ciudad, donde la gente era muy amable. Cierta día buscábamos un negocio donde comprar un accesorio para la cámara fotográfica. Un joven a quien preguntamos por la calle desvió su camino y nos acompañó un par de cuadras hasta la puerta. También nos causó mucha gracia un grupo que, el 14 de febrero, paraba a la gente por la calle para regalarle ¡un abrazo!



Grupo regalando abrazos.

En nuestras numerosas caminatas por el centro y por los barrios, nos llamó la atención la cantidad de gente con cochecitos de bebé. Sin duda, la población de la región está aumentando rápidamente.

El casco antiguo de la ciudad es muy pintoresco. Muchas de sus calles están recorridas por pequeños canales de agua (*Bächle*), que alguna vez sirvieron como abastecimiento de ese líquido vital a su población.



Calle típica de Freiburg con canal de agua (*Bächle*).

Aún se conservan dos puertas reconstruidas con su elegante torre, Martinstor y Schwabentor, que formaron parte de las murallas del siglo XIII.

La antigua catedral gótica data de esa época y su único campanario contiene un carrillón que se puede visitar, luego de subir más de cien metros de escalones. Pero vale la pena.



Calle Kaiser Joseph. Al fondo, Martinstor.



Schwabentor.



Calle Konvikstrasse



Catedral

Un barrio muy elegante es el de Wiehre, que está al sudeste de la ciudad y linda con una colina a cuya cuesta ascendimos entre una frondosa arboleda. Tras caminar un buen rato, llegamos a una construcción muy particular, el Wasserschlossle, que simula la fachada de un castillo en miniatura y es la entrada a un sistema de cisternas que recolectan el agua que viene de la montaña, la procesan y la distribuyen a la ciudad.



Barrio de Wiehre.



Wasserschlossle

Freiburg cuenta con una prestigiosa universidad que funciona en un edificio señorial. Cruzando la calle se encuentra la Biblioteca, inaugurada en 2015, con su exterior totalmente de vidrio, que guarda en su centro tres millones y medio de volúmenes, mientras en la periferia funcionan salas de lectura, auditorio y salas de clase.



Biblioteca de la universidad.



Interior de la Biblioteca.

Dado que nuestro hijo Diego estuvo haciendo prácticas de idioma en ese edificio y lo conocía bien, nos llevó a verlo por dentro. Así tuvimos la oportunidad de apreciar su comodidad y funcionalidad.

Alrededor de la biblioteca hay un amplio espacio donde la gente estaciona sus bicicletas. Las había por centenares.



Edificio de la universidad reflejado en la Biblioteca.

En la cuadra siguiente a la Biblioteca, está el Teatro de Freiburg, un edificio muy elegante.



Frente a él se encuentra la plaza de la Antigua Sinagoga, donde hay una fuente con la forma y el emplazamiento de una antigua iglesia judía quemada por la SS en el año 1938.

Una estampa clásica de Freiburg se obtiene al cruzar uno de los puentes por sobre las vías, cerca de la estación, con la vista de las dos torres de tejas verdes de la iglesia del Corazón de Jesús. Acercándonos, llegamos a un gran parque desde donde se aprecia todo el edificio.



Iglesia del Corazón de Jesús

Siguiendo por esa calle hacia el oeste, a unas siete cuadras, está la municipalidad nueva, un edificio con paneles solares en sus ventanas, lo cual le permite autoabastecerse de energía eléctrica y proveer el excedente a la red.



Neues Rathaus (Nueva Municipalidad), con sus ventanas flanqueadas de paneles solares.

El mismo tiene forma semicircular y todos los paneles apuntan hacia el sur, de manera que mientras hay sol, estos siempre están captando su energía de manera eficiente.

Freiburg está ubicado al borde de una zona montañosa muy pintoresca llamada “Selva Negra”. Allí hay muchos lugares turísticos para visitar y varias pistas de esquí. Ni bien llegamos, compramos una tarjeta que nos permitía utilizar todos los medios de transporte locales y regionales. Es así que pudimos recorrer con facilidad varios de esos lugares.

Un día nos dispusimos a visitar Todtnau, a unos 20 km al sudeste. Cuando el autobús transitaba por un pueblito de montaña, accidentalmente rozó a un vehículo que salía de un garaje. Mientras el conductor del colectivo discutía en italiano (?) con el otro, y viendo que iba para largo, decidimos abandonarlo y caminar.



Cascada de Todtnau.

Bajamos la montaña siguiendo un arroyito, que formaba innumerables caídas de agua, hasta llegar a la más grande de todas, la cascada de Todtnau. De esa manera arribamos a uno de los mejores destinos, aunque conociendo mejor su entorno y disfrutando sus paisajes.

Otro día fuimos a Titisee, en la Selva Negra, donde nos recibió una tupida nevada, lo cual no nos impidió recorrer ese pueblito, que está al borde de un lago. Su nombre es en honor al emperador romano Tito, que según la leyenda le gustaba pasar sus vacaciones en el lugar.

Todo el pueblo estaba vestido de blanco. Caminando junto al lago, parecíamos estar frente al fin del mundo, porque más allá del agua no se veía nada, ni siquiera la ladera de la montaña más cercana. Decidimos volver días más tarde y no solo la vimos muy diferente bajo un sol espléndido, sino que presenciamos un espectáculo inesperado, del cual hablaremos más adelante.



Titisee.



Lago Titisee.

Breisach fue otro destino. Sobre el río Rin que oficia de límite con Francia, la antigua ciudad es una joya medieval deslumbrante.



Centro de Breisach

Cruzamos el puente sobre el río Rin, y en el medio, César repitió la tontería que muchos hacen en situación similar, fotografiarse con el pie izquierdo en un país y con el derecho en otro.

Del otro lado del río, ya en territorio francés, fuimos saludados por una gran cantidad de cisnes, que se nos acercaron cuando caminábamos por la costa. Nunca imaginamos que serían tan sociables, y que se acercarían tanto hasta rodearnos, sobre todo cuando les dimos algunas galletitas.



Cisnes en la costa francesa del Rin. Al fondo, Breisach, Alemania.

Alejándonos algo más, fuimos un día a Basel o Basilea, en Suiza.

El tren nos dejó del lado alemán, por lo que caminamos hasta el puente sobre el río Rin y cruzamos a la parte suiza. Allí visitamos la Markplatz o plaza principal y el Ayuntamiento, un magnífico edificio color rojo.



Basel o Basilea.

Hacía mucho frío y no habíamos llevado suficiente abrigo, por lo que en lugar de caminar teníamos ganas de entrar donde fuera y tomar un chocolate caliente. Así lo hicimos, y recuperamos energías para retornar caminando a la estación.

Otro día visitamos a una amiga en Karlsruhe y de ahí nos trasladamos a Heidelberg, donde recorrimos el centro histórico.

Subimos la cuesta hasta llegar al Castillo, desde donde hay una vista espectacular del valle del río Neckar y de la ciudad.



Heidelberg.

Por ser invierno, en la mayoría de estos destinos, fuera de las zonas donde se practica el esquí, había pocos turistas, lo cual nos permitía disfrutar mucho de las vistas y de los paseos.



Paisaje típico de la Selva Negra en invierno.

En nuestra segunda visita a Titisee, diez días después, nos encontramos con un pueblo totalmente diferente. Ya no había nieve y el sol brillaba con toda su fuerza, por lo que mucha gente paseaba por la calle. Decidimos hacer un recorrido a pie siguiendo un circuito que nos sugirieron en la oficina de turismo. Nos internamos en un bosque y volvimos costeadando el lago.



Alicia junto al lago Titisee.

De vuelta en el pueblo, al pasar frente a un edificio salía un grupo de gente muy alegre, disfrazada. Nos saludaron y uno de ellos nos convidó con chocolates que llevaba en una bandeja.



Grupo disfrazado. El de chaleco rojo portaba una bandeja con chocolates.

Cuando nos acercábamos a la costanera empezamos a escuchar música y nos encontramos con mucha gente reunida alrededor de lo que nos pareció un poste sostenido por varias personas disfrazadas. Ahí nos enteramos que empezaban las fiestas de carnaval, que aparentemente son típicas del pueblo.



Luego nos dimos cuenta de qué se trataba. Cuando empezaron a caminar vimos que en realidad era un árbol. Lo llevaron por varias cuerdas precedidos por una banda de música y carrozas con gente disfrazada.



Al llegar frente a la municipalidad los esperaban con un pozo hecho en la vereda donde procedieron a plantar el árbol. Dado el tamaño y el peso lo hicieron entre muchos y en forma muy coordinada levantándolo de a poco mediante parantes, hasta dejarlo en posición vertical. En ese momento el aplauso del público se hizo sentir al igual que la música de la banda que acompañaba.



César se acercó entonces a uno de los disfrazados que había llevado el árbol, ya con la máscara en la mano y observando el espectáculo, y le preguntó que altura tenía el mismo. La respuesta fue: "*Ach, gute Frage! Ich weiß nicht*" (Ah, ¡buena pregunta! No lo sé), y arriesgó una cifra: "*humm..., unos 20 metros*".

Sin duda era muy alto.



Freiburg no se quedó atrás con los festejos de carnaval. Pocos días después, como de costumbre, luego de desayunar salimos a pasear por la ciudad, nos sorprendió el sonido de una banda que se acercaba, con tambores, trompetas y espléndidos uniformes, al mismo tiempo familias enteras, padres con sus niños vestidos con disfraces daban colorido y alegría a toda aquella fiesta. No sabíamos que era tradición en esta ciudad festejar cada año los carnavales de una forma tan alegre y masiva. La llaman "la quinta estación", porque despiden así el invierno para dar la bienvenida a la nueva temporada.



Desfile por la calle Kaiser Joseph.



Público observando el desfile en la vereda de la Biblioteca.



Multitud observando el desfile en calle Bertold.

El festejo siguió día tras día llenando las calles principales de público que disfrutaba del colorido desfile de máscaras y espectaculares trajes de demonios, brujas con escobas, piratas, soldados, marineros, presidiarios, etc., todos al grito de Narrí-Narró, así como también de las bellísimas carrozas desde algunas de las cuales las señoritas arrojaban golosinas para los más chiquitos.

Las máscaras en general de madera son elaboradas artesanalmente por las diferentes agrupaciones que organizan los festejos.





El ritmo que proporcionan las bandas de música, junto al color de sus trajes, representan los rituales alemanes paganos, y toda la ciudad se vuelca a las calles para festejar y disfrutar.

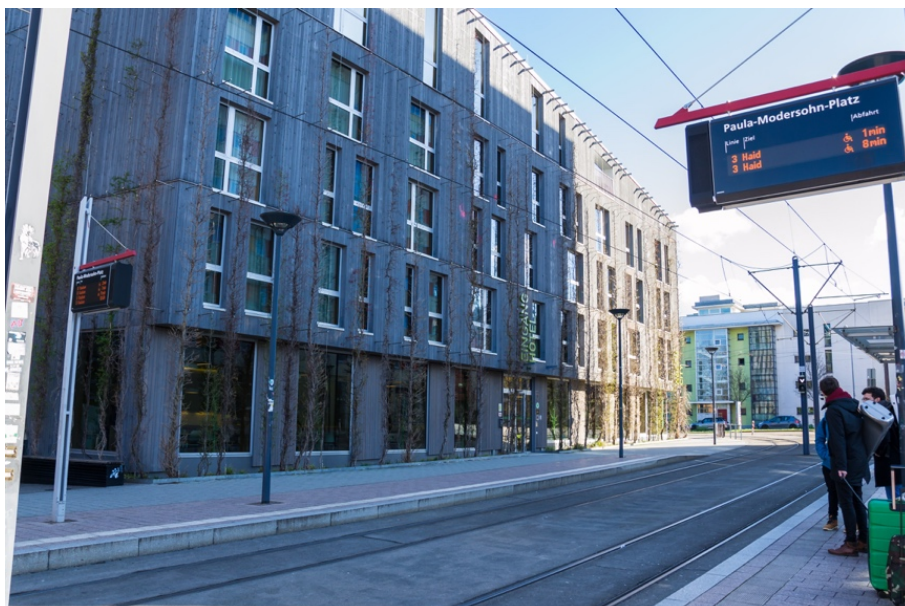
Es una fiesta multitudinaria.



Banda tocando en Bertoldsbrunnen.



El día que fuimos a Basel hacía mucho frío y nos afectó la garganta. Una mañana César amaneció con un poco de fiebre por lo que nos quedamos en el departamento. Al día siguiente seguía igual por lo que decidimos consultar con un médico, dado que pronto teníamos que viajar. Nuestro anfitrión, Friedemann, le consiguió un turno con un médico del barrio que le indicó unos análisis cuyo resultado estarían al día siguiente. Esto nos inquietó dado que ya se escuchaban rumores de una enfermedad respiratoria que empezaba a preocupar en Italia. Afortunadamente se trataba de una gripe y el médico recetó un antibiótico, solo por precaución. Al otro día ya estaba sin fiebre y se sentía mucho mejor, pero solo dimos un paseo por el barrio.



Parada de tranvía cercana al departamento. Enfrente estaba el consultorio médico.

Hacia el norte

Un par de días después dijimos adiós a Freiburg. Por la mañana tomamos un Flixbus rumbo a Amsterdam, donde habíamos reservado un Airbnb.

Luego de doce horas de viaje llegamos a destino. El departamento estaba algo alejado del centro, aunque a pocos minutos de tren.

Una familia muy simpática alquilaba una habitación en la planta alta, con vista a un amplio espacio verde en una zona residencial.



Casas cercanas a nuestro hospedaje.

Al siguiente día decidimos dar un paseo en lancha que nos permitió navegar por los principales canales, conocer la ciudad, su arquitectura, edificios destacados como la Torre de las Lágrimas, la Iglesia de San Nicolás, así como también el famoso restaurante chino flotante, mientras escuchábamos en varios idiomas la descripción de los lugares que veíamos.





Rijksmuseum

El día estaba nublado y algo lluvioso. Luego de almorzar en un bonito lugar frente a la estación, el tiempo mejoró y pudimos caminar por la ciudad. Conocimos el Palacio Real y el *Rijksmuseum*. No entramos a este último porque ya era un poco tarde, lo cual hubiese sido interesante ya que se estaba haciendo la restauración de una de las pinturas de Rembrandt. Solo recorrimos la zona donde se concentran otros museos. Una característica particular de esta ciudad es la gran cantidad de bicicletas que se pueden ver ya que es el transporte preferido de sus habitantes y también una buena opción para los turistas que la visitan.

Al otro día viajamos rumbo a Copenhague. Allí conocimos el castillo de Rosenborg, el King's Garden y más adelante la torre *Rundetårn* (la Torre redonda) en el casco histórico. Luego visitamos el paseo marítimo Nyhavn con bonitas casas de colores, sus bares y restaurantes, el animado ambiente y sus muchos barcos de madera, siendo el lugar típico para las fotos.



Castillo de Rosenborg



Canal Nyhavn.

Más adelante el parque Tivoli y la plaza Rådhuspladsen donde se concentran el Ayuntamiento, teatros y museos.

Nos emocionó conocer esta ciudad en la que había estado nuestra hija Gabriela dos años antes, realizando un *working holiday* y pasear por los lugares de los que ella nos había hablado.



Esa noche nos alojamos en un hotel con el fin de dejar la valija grande en depósito. Como nuestro siguiente destino era más allá del círculo polar ártico, convenía llevar equipaje liviano, porque no es fácil acarrearlo en la nieve. Preguntamos entonces en recepción si podíamos dejarla por una semana o diez días, a lo que respondieron afirmativamente. Nuestra intención era volver y conocer un poco más la ciudad, antes de ir a Italia, desde donde teníamos el vuelo de vuelta a casa.

Nunca imaginamos que no podríamos volver a retirarla.

Tromsø, Noruega

El vuelo con escala en Danzig, Polonia, fue muy placentero. Ni mencionar cuando nos acercábamos a destino y veíamos los fiordos y las montañas nevadas allá abajo.



Vista desde el avión poco antes de aterrizar.

Curiosamente, en el aeropuerto de Tromsø no había manga. Descendimos por la escalerilla del avión con un viento helado azotándonos la cara. De allí tomamos un autobús que se desplazó gran parte del recorrido por un túnel que cruza la isla bajo la montaña hasta salir casi en el centro de la ciudad.



Aeropuerto de Tromsø visto desde el avión.

Ni bien bajamos del colectivo, César estrenó el hielo que había en la vereda con una patinada que lo obligó a efectuar una serie de contorsiones. No se explica cómo hizo para recobrar el equilibrio a pesar de la mochila que llevaba en la espalda.

Cada vez nevaba más fuerte. Habíamos bajado en la última parada, en el centro de la ciudad, y no se veía ningún taxi. César fue hasta un hotel en las inmediaciones y pidió que llamaran uno. Respondieron con amabilidad y poco después íbamos cómodos y calentitos rumbo a nuestro alojamiento. Eran pocas cuadras, pero el taxi comenzó a internarse por un desfiladero entre montículos de nieve de dos o tres metros de altura, que no permitían ver la edificación. Era como ir por un túnel de hielo que cada tanto se abría para dejar entrever un garaje o la entrada de una vivienda.



Finalmente llegamos. Una casa de dos plantas, amarilla, de madera, con un amplio ingreso y unos pocos escalones al fondo. El interior era un lujo, todo en planta alta. Nuestra habitación daba a un balcón cubierto de nieve y el paisaje que se veía era de ensueño. Una amplia cocina con todas las comodidades y un living con un gran ventanal desde el cual se veía el puente y al otro lado, la Catedral del Ártico. Como estábamos en una zona más alta que el centro de la ciudad, esa vista era insuperable.



Living comedor de la casa.

Lyv, nuestra anfitriona, era una mujer mayor, muy atenta que hablaba cinco idiomas: noruego, inglés, danés, alemán y sueco. Luego de nuestra primera noche en Tromsø, nos sirvió un desayuno al típico estilo noruego.



Ventana de nuestra habitación

Lo primero que hicimos antes de recorrer la ciudad, fue comprar unos pinches para el calzado (*spikes*). Después del resbalón que casi termina en caída, era una prioridad para nosotros el tomar medidas para evitar accidentes.



La París del norte, como es apodada Tromsø, está edificada en una isla, unida al continente por un puente de 1 km de largo. A poco de cruzar el mismo, lo cual se puede hacer caminando y es recomendable por las vistas que ofrece, está la llamada Catedral del Ártico (*Ishavskatedralen*). En realidad, no es catedral, se trata de la parroquia luterana de Tromsdalen, construida en 1965, cuya blancura contrasta con el fondo de bosques nativos en las laderas de los cerros Nordfjellet y Storsteinen. Exteriormente parece una casita hecha con naipes, salvo que en este caso cada naipe simula un bloque de hielo que se une a otro en forma de V

invertida. Entre cada par de bloques y el siguiente hay un espacio cubierto de vidrio por donde entra luz.



La "Catedral del Ártico"

Algunos la comparan con la Ópera de Sydney, por tener cierto parecido y por ser un *landmark* de la ciudad. Para nosotros es muy similar a la del barrio Somisa, en San Nicolás. Y lo sugestivo es que ambas fueron construidas en la misma época. ¿Quién copió a quien?

Detrás del altar, ocupando casi toda la fachada este, hay un inmenso vitral que representa la mano de Dios despidiendo tres rayos de luz, uno ilumina a Jesús y los restantes a un hombre y una mujer. Según escuchamos por ahí, es el vitral más grande de Europa. No sabemos si es cierto.



Interior de la "Catedral del Ártico"

A pocas cuadras de allí está el funicular (*Fjellheisen*) que lleva a lo alto del cerro Storsteinen, desde donde hay una vista panorámica de la isla de Tromsø y de todo el fiordo.



Parte de la isla de Tromsø, vista desde lo alto del *Fjellheisen*.

El tiempo nos acompañó, en el sentido que nos permitió vivir tanto las intensas nevadas boreales como un par de días soleados, luminosos, donde todos los colores relucen sobre el fondo blanco y dorado de la nieve. Debemos considerarnos afortunados por eso.



No fue tan así con las auroras boreales, que no se dignaron aparecer durante esas noches, por lo que nos queda una deuda pendiente. De cualquier manera, una excursión que hicimos una noche fue una experiencia maravillosa. El frío no fue tan intenso como lo suponíamos, a pesar que llegamos a la frontera con Finlandia, y la luz de la luna nos permitió hacer muchas tomas fotográficas con exposición larga.



Aparte de la mal llamada "Catedral del Ártico", Tromsø tiene dos catedrales de verdad. Y muy peculiares. Ambas son de madera, pequeñas, una luterana y otra católica.

Por su tamaño pensaríamos que son dos capillas de poca importancia. Ni se comparan en su faz arquitectónica y artística con las *stavkirke*, verdaderas joyas de la región (de las que hablaremos más adelante). Pero se tornan relevantes cuando nos enteramos que son las dos catedrales que están más al norte en todo el mundo.

Aunque la católica le gana a la luterana por su ubicación en la ciudad. Es la catedral cristiana más al norte del planeta. Se trata de la iglesia de Nuestra Señora.

Le gana a la luterana apenas por tres cuerdas.



Catedral de la Iglesia Noruega (luterana)



Iglesia de Nuestra Señora (*Vår Frue domkirke*). La catedral cristiana más al norte del mundo.

El último día de nuestra estada en Tromsø, abandonamos el departamento por la mañana y guardamos la valija en un *locker*. Paseamos por el centro y almorzamos en un supermercado que tenía, a la entrada, mesas, sillas, microondas y pileta lavamanos. Allí se podía comprar diferentes comidas preparadas a buen precio, calentarlas y comerlas cómodamente sentados mirando pasar la gente por la calle.



Biblioteca de Tromsø



Sector de la Biblioteca

Luego caminamos por la zona sur de la ciudad, donde se encuentran el Acuario, un monumento al explorador polar Hansen y un refugio de vidrio donde se conserva el barco ballenero Polarlys. Hacía mucho frío. Volvimos al centro, nos tomamos un chocolate caliente y nos refugiamos en la biblioteca. Allí buscamos libros para entretenernos. Nos ubicamos en un sector con sillones muy cómodos, hasta que se hizo la hora de la cena y de dirigirnos al puerto. Habíamos reservado un viaje en un crucero de la empresa Hurtigruten que nos llevaría a las islas Lofoten.



Estando en Tromsø nos empezaron a llegar noticias bastante alarmantes de Italia. El nuevo virus estaba haciendo estragos en el norte, donde ya teníamos pago el alojamiento y pensábamos pasar unos días antes del vuelo de retorno, que era desde Roma. Nos comunicamos con el anfitrión de Verona, y nos contestó que en esa ciudad la situación estaba normal, que podíamos ir tranquilos. Según las noticias, la alarma era en Venecia y Milán.

Dos o tres días antes de nuestra llegada a Noruega, precisamente en la región de Tromsø, habían detectado el primer caso del país, en una mujer que había viajado a China, y un posible segundo caso. Pero todavía no había ninguna señal de alarma. Esto fue entre el 4 y el 10 de marzo de 2020, día que zarpamos rumbo a Lofoten.



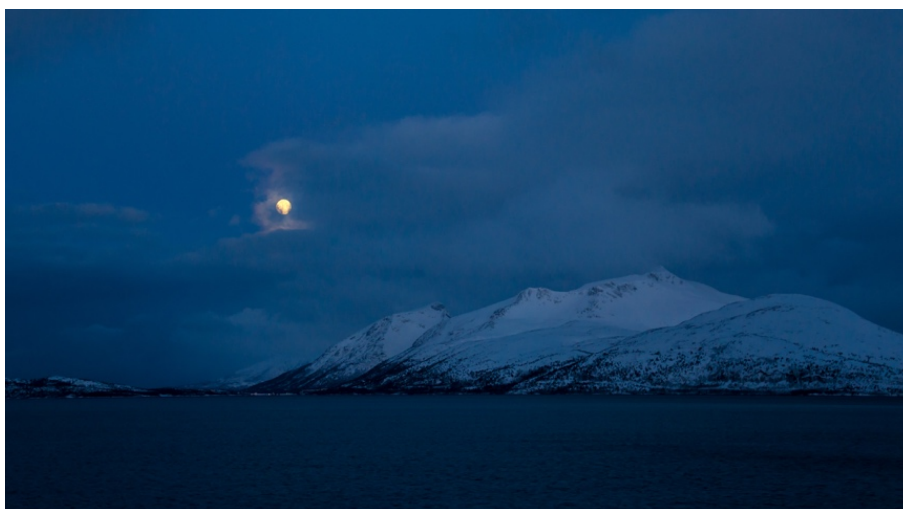
A bordo del MS Nordnorge, última vista de la Catedral del Ártico.

Svolvær, Narvik y Trondheim

El barco partía a la 1:30 de la madrugada. El que nos tocó en suerte, fue el MS Nordnorge, un crucero que hace viajes regulares por los fiordos noruegos, desde Bergen hasta Nordkapp y viceversa.

En el séptimo piso había unos asientos comodísimos desde donde se podía ver todo el paisaje. Allí pasamos la noche y pudimos dormir tranquilamente.

Aunque no daban ganas de hacerlo, porque el espectáculo azul ultramar con las montañas nevadas, iluminadas por la luna llena, era para no perderselo ni un minuto.



De cualquier manera, el cansancio nos venció, y despertamos cuando estaba amaneciendo, precisamente cuando invitaban al desayuno.



No nos arrepentimos de elegir ese medio para hacer tal viaje, en lugar del colectivo. Las vistas al navegar por los fiordos son inigualables.



El barco hizo varias paradas, porque no solo sirve para transportar turistas, sino también como medio de conexión con las numerosas islas.





Gente en cubierta saludando a otros turistas con banderas noruegas.



Por la tarde fuimos a escuchar una charla en inglés sobre la pesca en las islas Lofoten. Luego, al pasar bajo un puente, todos los pasajeros salimos a cubierta a saludar con banderas a excursionistas que iban a embarcar. Afortunadamente nos tocó un día soleado. El sol calentaba y permitía salir a respirar el aire del mar.

Tomamos gran cantidad de fotos de los fiordos, y de los pequeños poblados que iban siendo anunciados por los altoparlantes.

Al atardecer, el barco se desvió de su rumbo para mostrarnos el Trollfiord, el fiordo más angosto de Noruega, con solo 80 metros de ancho.

Ya era casi de noche cuando divisamos a lo lejos las luces de Svolvær, con las pistas de esquí en la ladera de la montaña, iluminadas.

Esa ciudad en las islas Lofoten era nuestro destino.



Trollfjorden.



Llegada a Svolvær.

En Svolvær habíamos reservado un hostel por internet. Pensábamos pasar una noche, para recorrer la ciudad al día siguiente y luego seguir viaje por tierra.

Es una ciudad pequeña, de 4.700 habitantes, aunque de gran importancia en la región.



Túnel a la entrada de la ciudad.

El hotel quedaba en la parte norte. Ese día decidimos alejarnos del centro, por lo que empezamos a subir por un sendero en la montaña. Estaba todo cubierto de nieve. Cada tanto se escuchaba el sonido del agua al correr entre las piedras, formando pequeñas cascadas y dejando estalactitas de hielo.

El puerto es muy bonito, con las casitas rojas de los pescadores, muchas gaviotas, barcos y lanchas. Todo se prestaba para una foto. Luego fuimos a recorrer el centro.



Almorzamos en el hostel y por la tarde volvimos a pasear por el centro, conociendo la iglesia y otros lugares típicos.

Nos gustó tanto el lugar que decidimos pasar una noche más, aprovechando la mañana siguiente para seguir recorriendo la ciudad.



A media tarde había un bus que salía con destino a Narvik. Lo tomamos. El mismo nos llevó de isla en isla, atravesando largos puentes y un cruce en ferry, durante el cual pudimos bajar, estirar las piernas y tomar un chocolate caliente.

Llegamos a Narvik al atardecer. La ciudad es grande y se la veía muy iluminada. Detrás de ella destacaba una pista de esquí que parecía estar muy cerca.



Calle típica de Narvik. Al fondo, pista de esquí.

No habíamos reservado hotel, por lo que buscamos en el mapa. Había uno a pocas cuadras de la estación. Caminamos hasta una esquina, a unos 100 metros del mismo, pero no había calle, sino algo que habría sido una escalera que llevaba a la siguiente calle mucho más arriba. Se veía como una cuesta empinada de nieve. Para no hacer un largo rodeo, decidimos subir por ahí. No fue fácil. Por suerte, en el hotel había lugar libre y pudimos pernoctar.



Vista de Narvik desde el hotel Breidablikk.

Valió la pena. Dada la altura en que estaba ubicado, desde el comedor y también desde una terraza posterior, había una vista panorámica de la ciudad. Desayunamos mientras nos deleitábamos con el paisaje.

Allí tuvimos contacto con una medida de seguridad inesperada. En lugar del *autoservice* normal de los desayunos, nos lo trajeron en una bandeja envuelta en polipropileno, sellada. Es por seguridad, nos dijeron, porque el coronavirus se estaba difundiendo y la industria del turismo buscaba dar protección a sus clientes.



Luego del desayuno dejamos el equipaje en depósito para salir a conocer la ciudad.



Casitas a dos aguas muy pintorescas contrastando con edificación moderna y mucha nieve por todos lados, es la impresión que nos dejó Narvik en el recuerdo de nuestra breve estadía.



Iglesia parroquial de Narvik

Al atardecer nos dirigimos a la terminal de ómnibus para partir con destino a Fauske, donde tomaríamos un tren hacia Trondheim.

El tramo en bus fue de noche en medio de una tormenta de nieve. A mitad del viaje, de unos 180 km, nos detuvimos un rato debido a un accidente con un camión que había quedado atravesado en la ruta un poco más adelante. Esperamos en una playa de estacionamiento hasta que le avisaron al conductor que podía seguir adelante.



Viaje en bus en medio de una tormenta de nieve.

En Fauske tomamos un tren en el que viajamos toda la noche, llegando a Trondheim a las siete de la mañana.



Estación de Fauske.

Caminamos unas cuadras hasta el departamento, que estaba cerrado. Tuvimos que esperar a que el dueño nos pasara la contraseña para abrir un buzón donde nos había dejado la llave.



Solsiden, a un par de cuadras del departamento.



Interior de Solsiden.

El departamento estaba en la zona este de la ciudad, cerca del Solsiden, un centro comercial muy elegante, construido aprovechando antiguas instalaciones industriales recicladas, a una cuadra del Museo de Arte. Nos acomodamos y salimos a caminar.



Río Nid desde Bakklandet y al fondo torre de la catedral de Nidarós.



Nedre Bakklandet.

Recorrimos el Nedre Bakkland hasta llegar al puente viejo, el que cruzamos para visitar la famosa catedral luterana de Nidaros.

Según la tradición, en ese lugar fue enterrado San Olaf, quien introdujo el catolicismo en Noruega, y en el año 1035 se instaló una capilla.

El edificio actual fue construido entre los siglos XII y XIV, aunque sufrió varias restauraciones hasta el siglo XIX, en que adquirió la fisonomía actual. Es considerada una obra maestra del gótico nórdico y un ícono cultural.

Además de ser la catedral gótica más boreal, es la segunda en tamaño de Escandinavia, solo superada por la de Upsala, en Suecia.



Puente viejo (*Gamle Bybro*).



Catedral de Nidaros.



Monolito "Km 0 a Nidaros"

Como principal templo cristiano de Noruega es un lugar de peregrinación, tomado como referencia. A su frente hay un monolito con la inscripción "Km 0 a Nidaros".

Durante los cuatro días que estuvimos en Trondheim visitamos muchos lugares de interés, como el mencionado Bakklandet; vimos en lo alto el fuerte Kristiansten, anduvimos por el puerto, sacamos fotos a paisajes costeros con lanchas y yates amarrados, seguimos deteniéndonos en cada plaza, edificio o paisaje que se prestaba para la cámara.

Otro día fuimos a conocer la universidad de Ciencias y Tecnología de Trondheim, prestigiosa institución con su edificio de piedra, de estilo medieval, conocido popularmente como “el castillo de Harry Potter”, detrás del cual se encuentra el campo universitario, famoso por las investigaciones que allí se desarrollan.



Camino cercano a Nidaros. Al fondo la Universidad o "Castillo de Harry Potter".

Caminando por otra zona del puerto, vimos un puente levadizo ferroviario, con una forma muy particular, y a lo lejos divisamos Munkholmen, una pequeña isla en el fiordo, donde funcionó un monasterio y luego una prisión. Actualmente es un sitio turístico, además de museo.

Recorrimos el centro, llegando a la plaza principal o *Trondheim Torg* con el monumento a San Olav Triggvason, fundador de la ciudad. La estatua está sobre una alta columna, y el conjunto cumple la función de reloj de sol, el más grande del mundo. Un poco más allá encontramos la iglesia católica de Nuestra Señora, edificio de piedra que data de 1739. Luego pasamos por el museo naval y frente al *Stiftsgården*, el palacio imperial que utilizan los reyes para vacacionar.



Plaza principal con estatua de Olaf e iglesia de Nuestra Señora al fondo.



Bakklandet de noche.



Crucero de Hurtigruten y a la izquierda, Munkholmen.

Durante esos días enviamos un mensaje al hotel de Copenhague en el que habíamos dejado la valija, diciéndoles que pasaríamos a retirarla en pocos días. La respuesta fue tan rápida como sorpresiva. Nos informaban que la frontera estaba cerrada y permanecería así por un mes. No podíamos abandonar el país ni

regresar a Argentina, porque también nos enteramos que nuestro gobierno impedía el ingreso de sus propios ciudadanos, habilitando unos pocos vuelos semanales. ¡Estábamos varados!

Optamos por disfrutar. Ya pasaría la alarma y podríamos recuperar nuestra valija, cumplir la ilusión de Alicia de visitar Italia y retornar a la Argentina. De cualquier manera, lo más prudente era ir a Oslo, la capital, donde sería más fácil hacer cualquier gestión.

Oslo

Majorstuen

A los 600 km que separan Trondheim de Oslo los hicimos en tren, con transbordo en Hamar. Viajamos casi todo el día, y nos acompañó el buen tiempo durante la totalidad del trayecto. Los paisajes que pudimos ver y fotografiar fueron magníficos.



Llegamos a la Estación Central a eso de las 18:30 y tomamos un tranvía que nos dejó en una avenida enfrente al departamento, en el barrio de Majorstuen. Nuestras anfitrionas eran una rusa y una lituana, jóvenes, muy simpáticas ambas. El barrio era muy bacán con edificaciones muy elegantes y negocios paquetes. Teníamos dos supermercados muy cerca.



Barrio de Majorstuen.

La avenida Bogstadveien, donde estaba nuestro alojamiento, es muy transitada. Por allí pasan varias líneas de colectivos y tranvías. En la misma vereda del departamento hay una parada.



Calle Karl Johan. Pared lateral del Parlamento (*Storting*) y al fondo, el Palacio Real.

La primera mañana caminamos hasta llegar a Karl Johans Gate, calle que une el Palacio Real con la Estación Central, siempre muy cuidada, con canteros sin flores en esa época del año. A esa zona la caminamos tantas veces, de día y de noche, y tomamos tantas fotos que se hace difícil presentarla en este espacio como nos gustaría.

El *Storting* es el Parlamento de Noruega, un edificio hermoso con dos estatuas de león, frente a una plaza, rodeada de edificios antiguos, pero de gran calidad arquitectónica, como el Grand Hotel, que se encuentra a media cuadra. El abuelo de César estuvo en Oslo en 1902, viajando como profesor de fotografía de los cadetes de la Armada, durante el tercer viaje de la Fragata Sarmiento. Hay una postal de la calle Karl Johan de esa época, donde todo se ve tal cual como ahora.



Parlamento (*Storting*).

Una cuadra más allá, siguiendo por la calle Karl Johan, nos encontramos con un estanque, que durante el invierno sirve como pista de hielo gratuita, donde los niños aprenden a patinar desde muy pequeños. Todo esto rodeado de jardines con estatuas y esculturas.



El Teatro Nacional está a una cuadra de la entrada principal al parque del Palacio Real, por la calle Karl Johan. Es un edificio señorial rodeado de un gran espacio que abarca toda la manzana, con una fuente con luces de colores, jardines y esculturas. Enfrente al teatro hay una parada de bus y tranvía que lleva su nombre y es muy transitada.



Teatro Nacional.

Siguiendo por la misma calle, subimos hasta el Palacio Real, junto al cual está la casita de guardia. Rodeando todo hay un gran parque con un estanque casi seco por ser invierno, y un puentecito sobre él.



Palacio Real. Al fondo, casita de los guardias.

Oslo estaba en alerta. Al parecer algunos esquiadores que habían viajado a Suiza y al norte de Italia habían introducido el virus a su vuelta. No obstante, había bastante gente por la calle, de todas las edades, parejas con bebés y niños, y los parques se veían llenos en los días soleados. Bancos, escuelas, y otros edificios públicos estaban cerrados.

Hasta ese momento no veíamos la forma de recuperar la valija, aunque la situación no nos preocupaba demasiado. Pensábamos que todo sería pasajero y que pronto volvería la normalidad. Confiábamos también en que Lufthansa reprogramaría los vuelos, tal como lo afirmaba en su sitio oficial, y así podríamos usar los pasajes ya pagados, para retornar a casa. Además, Alicia conservaba la ilusión de ir a Italia. Pero Argentina por entonces ni siquiera permitía el ingreso al país de su propia gente. Había que esperar, y pasear mientras tanto.

En cierta forma nos tranquilizaba el hecho de que nuestro hijo ya estaba de vuelta en casa, llegando justo antes que cerraran las fronteras.

Además, contribuía a tranquilizarnos el hecho de ver en todas nuestras salidas mucha gente en los parques, plazas, estaciones, centros comerciales y por la calle.



Gente disfrutando de un día soleado en el parque Frogner.



Parque en la zona de la estación Toyen.



Parque Thorshovdalen

En los comercios que estaban abiertos, sus empleados se lavaban las manos y desinfectaban el lugar todo el tiempo. A veces no aceptaban efectivo, solo tarjeta de crédito, para que el empleado no tuviera contacto con el cliente. Los bares y restaurantes que estaban abiertos tenían alejadas las mesas unas de otras o clausurada una de por medio. Muchos de ellos ponían un cartel improvisado en la puerta comunicando las medidas de higiene, frecuencia con que limpiaban los picaportes, desinfección de las mesas, alcohol en gel a disposición del cliente, cantidad máxima de personas por mesa, todo para alentar a los clientes a que entraran tranquilos y consumieran. Es evidente que todas esas medidas eran iniciativa del comerciante y no respondían a una estricta regulación por parte del gobierno.

Los tranvías y buses circulaban normalmente, aunque con poca gente, y mantenían la puerta delantera cerrada para aislar al conductor. Abundaban los carteles enumerando las medidas de higiene para prevenir contagios.

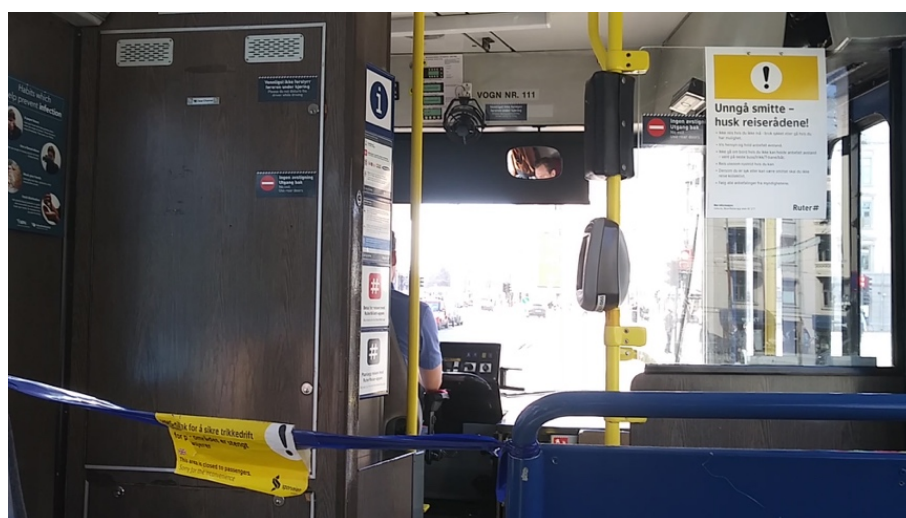
Los reyes Harald y Sonia salieron en un micro televisivo aconsejando a la gente cuidarse. Ambos son muy queridos y respetados por la población, y el tono en que hablaban era muy paternal. Se los veía sentados en el exterior de una

cabaña en la que se alojaban durante esos días por prevención, dado que son personas mayores.



Cartel en vidriera comercio de óptica.

Dice que cierran por consideración hacia empleados y clientes. Contactar por *E-Mail* o teléfono.



Buses y tranvías mantenían la puerta delantera cerrada y aislado al conductor.



Colectivos circulando puntualmente por el barrio Kvadraturen.

Otro día tomamos por Bogstadveien hacia el noroeste, pasamos por la estación Majorstuen o Majorstua, un importante centro donde confluyen varias líneas de metro, tres de tranvías y cinco de autobuses.



Estación Majorstuen.

Caminando unas pocas cuadras más, llegamos al Parque Vigeland. Un lugar muy grande y estupendo para pasear y disfrutar. El mismo posee 212 esculturas de granito y de bronce de tamaño natural, que representan varios estados de ánimo y expresiones. Lo más alucinante es el enorme monolito de 14 metros de altura: una columna tallada hecha de una sola piedra en la que se cuentan 121 figuras humanas.



Parque Vigeland.



Esculturas del parque Vigeland.

Frente al parque hay un museo dedicado a Gustav Vigeland, el escultor que realizó todas esas obras de arte entre 1907 y 1942, también dos estanques, donde se veían cisnes nadando y patos que caminaban sobre la parte congelada. Había mucha gente paseando. El lugar nos cautivó tanto, que volvimos días después para recorrerlo con más detenimiento.

En otra oportunidad fuimos a visitar la fortaleza de Akershus, un complejo de edificaciones militares situado estratégicamente junto al fiordo. Fue fundado en la Edad Media como castillo real y como fuerte.



Fortaleza de Akershus.

Con sus altos y extensos muros de piedra, cañones y estructura defensiva, ha sufrido varios asedios a lo largo de 700 años, pero nunca ha sido conquistada. Está en una zona elevada desde donde se domina todo el fiordo.

A Bygdøy, una península al oeste de Oslo, fuimos dos veces. En la primera, recorrimos la parte occidental, sin llegar muy lejos porque el tiempo no nos

acompañó. Anduvimos por un camino al lado del bosque, por donde circulaba mucha gente caminando o corriendo, niños en bicicleta y mamás con bebés en cochecitos. Seguimos hasta llegar a la playa de Sjøbad, y nos volvimos.



Bygdøy, cerca de la costa oeste.

Regresamos tiempo después en un día soleado, llegando en colectivo hasta el complejo museístico que está al final, y volviendo a pie por el barrio, donde hay otros lugares de interés para visitar.



Los museos del complejo estaban cerrados, pero había gente trabajando y César pudo conversar con uno de ellos, quien le habló sobre los trabajos de investigación, reforma y restauración que estaban haciendo.

Fram, en noruego, significa "Adelante". El Fram fue un barco que realizó expediciones al Ártico y a la Antártida. Estuvo capitaneado por tres exploradores: Nansen, Sverdrup y, el más famoso de todos, Amundsen. En ese museo se expone el barco y muchos otros elementos utilizados en sus viajes.

Junto a éste se encuentran otros dos museos, el Kon-Tiki y el Museo Marítimo Noruego. El primero alberga la famosa balsa que cruzó el océano Pacífico y el segundo, cubre la riquísima historia marítima de ese país.



Museo Kon-Tiki.



Roald Amundsen y su tripulación. Monumento en el museo Fram.



Barrio de Bygdøy, con cartel indicador de los otros tres museos.

Del otro lado del barrio de Bygdøy se encuentran otros tres museos, el del Holocausto, el de los Barcos Vikingos y el *Folk Museum*. Este último está al borde del pueblo e incluye un gran sector al aire libre que contiene más de 140 construcciones típicas de todo Noruega y de todos los tiempos.



Antiguas construcciones típicas de la región, en el *Folk Museum*.



Iglesia de Gol.

Allí se puede ver una iglesia totalmente de madera (*Stavkirke*) que originalmente estuvo en un pueblo llamado Gol y fue trasladada en 1870 a ese emplazamiento para evitar que fuera demolida. Estas *stavkirke* son construcciones

típicas con más de 800 años de antigüedad, propias de la introducción del cristianismo y su mezcla con creencias y técnicas constructivas y artísticas de la región. De las 2.000 iglesias de este estilo que se construyeron en Noruega solo quedan 28.

Siguiendo nuestro camino a pie, pasamos por la entrada a la Residencia Real de Verano, aunque desde allí no se alcanza a ver el palacio Oscarshall, pero se lo puede ver en toda su magnificencia desde el otro lado de la bahía.



Oscarshall visto desde la otra orilla de la bahía.

La profunda bahía que separa Bygdøy de la costa del barrio de Frogner es una gran caleta donde hay centenares de embarcaciones amarradas. Las dos veces que visitamos aquella península volvimos caminando por ese hermoso paseo costanero al costado de una autopista con un intenso tránsito, llamada Frognerstranda y comimos algo en el Kro de Kongen Marina.

Internándonos en el barrio de Frogner, encontramos una zona residencial de edificación muy elegante, donde se encuentra la Embajada de Argentina, la cual pudimos conocer por dentro, dada la situación especial en que nos encontrábamos.



Embajada de Argentina.

En realidad, al principio no nos pusimos en contacto con la gente de la Embajada, porque confiábamos en que finalmente podríamos aprovechar los pasajes de vuelta ya pagos, pero dado que pasaba el tiempo y no se vislumbraba una solución, no tuvimos más remedio que contactarnos con ellos. Más adelante relataremos como fue ese hecho.

Afortunadamente, por esos días, pudimos recuperar la valija que habíamos dejado en Copenhague. Para esto tuvimos la ayuda de Nastya, nuestra anfitriona, que hizo varios llamados telefónicos hasta encontrar quien la transportara, pues por la pandemia había ciertos servicios restringidos o limitados. Además de la gente del hotel Savoy, que nos preparó el envío desde aquella ciudad de Dinamarca. En esa valija teníamos, entre otras cosas, ropa más adecuada para el clima primaveral que estaba comenzando, calzado más cómodo y lo más importante, la yerba y el mate.

Recorriendo un poco más el barrio de Frogner, pudimos apreciar el edificio de granito de la iglesia (*Frognerkirke*), cuyo interior fue decorado por Vigeland.



Iglesia de Frogner (*Frognerkirke*).



Uranienborg.

Siguiendo unas cuadras más, acercándonos hacia los fondos del Palacio Real, nos encontramos con otro barrio tanto o más elegante que el anterior. Se trata de Uranienborg. Amplias calles flanqueadas por edificios señoriales y un poco más allá una iglesia neogótica elevada sobre el nivel de la calle. Sin duda, dada la cercanía con el Palacio Real, y más lejos del centro, esta zona residencial seguramente ha sido el lugar elegido por gente del estatus social más elevado.



Uranienborg.



Iglesia de Uranienborg.

El departamento en Majorstuen era muy cómodo, y las anfitrionas muy amables, pero la habitación era pequeña y tenía un solo ropero donde la valija grande, recién recuperada, no entraba. Además, dado lo incierto del tiempo que estaríamos varados en Noruega, decidimos buscar algo más económico. Como había poca demanda por falta de turismo internacional, los precios habían bajado. Por internet encontramos uno que nos gustó.

Grønland

Un día nublado, frío de fines de marzo, con un viento que congelaba, fue el que nos tocó al mudarnos al barrio de Grønland. Para colmo no podíamos encontrar la dirección, hasta que una mujer nos ayudó y guió.

Grønland está ubicado detrás de la Estación Central de trenes, ni bien se cruza el río Aker. Abarca el sector occidental de la parte antigua de la ciudad, llamada Gamle Oslo. Se destaca porque su población es mayormente de inmigrantes. El departamento que tomamos por Airbnb tenía tres dormitorios, un living con televisor, una cocina y un baño y lavadero con cuatro lavarropas. Uno de los dormitorios estaba ocupado por Marina, una ucraniana muy joven que estaba varada igual que nosotros, y que se ganaba la estadía manteniendo la limpieza del lugar.



Calle Smalgangen en barrio Grønland.



Comedor del departamento.

El tercer dormitorio estuvo ocupado en forma esporádica por varias personas: un noruego que fue a Oslo a hacer trámites, otra gente que apenas vimos y no hubo ocasión de conversar y una pareja de Taiwan, muy simpáticos ambos, que al otro día volvían a su país.

El estar alojados justo en el punto de encuentro entre la ciudad vieja y la nueva, nos permitió conocer un poco más sobre Oslo y su historia.

En 1624, un incendio destruyó gran parte de la ciudad, que se encontraba al este del río Aker. El rey Christian IV decidió trasladarla más al oeste, junto a la fortaleza de Akershus.

Cuenta la leyenda que el monarca arrojó su guante para indicar el lugar donde se construiría la nueva ciudad. Hoy, un inusual monumento recuerda ese hecho.



Fuente con el guante de Christian IV recordando el hito fundacional.



Antiguas construcciones del barrio de Kvadraturen.

Alrededor de ese lugar se delineó la nueva traza urbana, un cuadrado con calles paralelas, como un tablero de ajedrez. Por eso, ese barrio hoy se conoce con

el nombre de Kvadraturen. En sus inicios al nuevo pueblo se lo llamó Christiania o Kristiania, en honor al monarca, hasta 1925, en que recuperó el antiguo nombre de Oslo. Hoy ese barrio es el centro histórico de la ciudad, con gran cantidad de edificios, algunos de los cuales datan de la época de la refundación.

Así, entre paseos, llegó el cumpleaños de Alicia. Según lo planeado, íbamos a pasarlo en Florencia, cumpliendo con su sueño de ver tanta obra de arte y *parlare l'italiano*. No pudo ser, como tampoco podría ser nuestro retorno a Argentina desde Roma seis días después.

De cualquier manera, festejamos su cumpleaños almorzando en un lugar que a ella le gusta mucho, una antigua recova semicircular que rodea la parte posterior de la Catedral, edificio llamado *Basarene Kirkeristen*, sobre el frente que da a la *Dronningens Gate*, la Calle de la Reina.



Alicia en el día de su cumpleaños en uno de los ingresos a la recova.

Un domingo soleado salimos a recorrer un poco más Gamle Oslo. Caminamos por una calle distinta a la que ya conocíamos, pasamos por un gran parque, el Grønland, donde había mucha gente disfrutando del día.

También pasamos frente a lo que fue una cárcel, cerca de la antigua estación de policía, y visitamos un antiguo cuartel de bomberos, hoy convertido en museo, y la iglesia del año 1882.



Antiguo cuartel de bomberos, hoy museo.

Luego llegamos al barrio Kampen, que se caracteriza por sus casitas de madera de diferentes colores. La edificación, al internarnos por sus calles, nos recordaba mucho a aquella que vimos en el Bakkland de Trondheim.



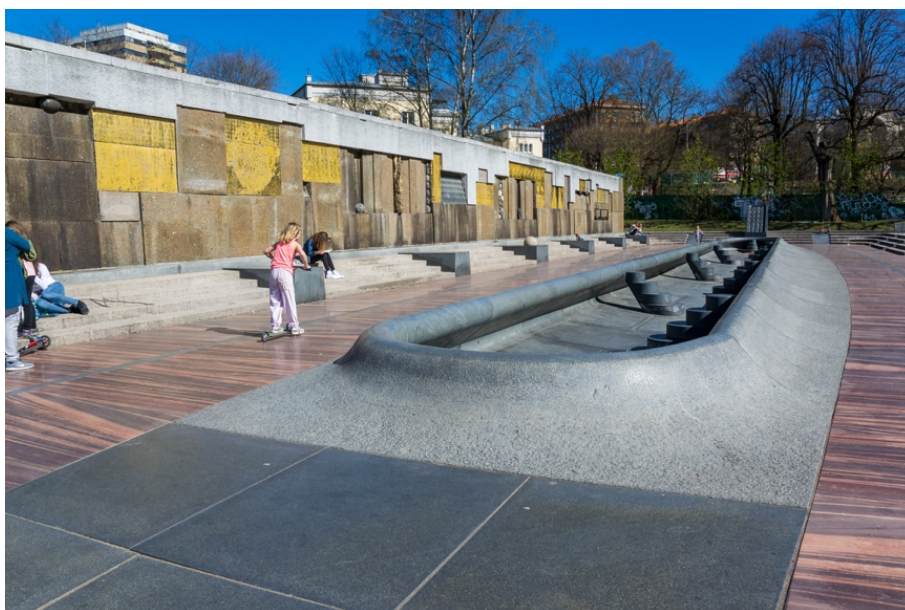
Barrio e iglesia de Kampen

Mas allá encontramos el barrio Vålerenga, con un estilo de casas muy parecido, tipo chalet, muchas con base de piedra o de material. Allí hay una escuela importante y una iglesia rodeada de un parque desde donde la vista es magnífica.



Parque Vålerenga

En nuestros paseos vimos muchas plazas y parques, con amplio espacio para los niños, con juegos o pistas para patinar o andar en bicicleta.



Cruzando el río por el Vaterlands bro, a una cuadra del departamento, está el barrio de Vaterland. Siendo ese barrio un lugar de paso obligado, cuando íbamos hacia el centro no nos pasaba desapercibido el Oslo Spectrum, una sala de espectáculos con capacidad para 9700 personas, donde todos los años se hacen los conciertos del Premio Nobel de la Paz, los Nordic Music Awards y los Spellemannsprisen (los Grammy noruegos).



Oslo Spectrum.

Tampoco pasaba desapercibida, a una cuadra de ahí, una mano gigantesca saliendo del empedrado, que sostiene una rosa.



Conociendo un poco la ciudad de Oslo, esto no causa mayor sorpresa. En cada plaza, parque, paseo, o simplemente a la vuelta de cada esquina, en la vereda, es común encontrar alguna escultura.

No contamos las que siempre están en los monumentos, que son de carácter histórico, ni las 212 del parque Vigeland o las del Museo de Arte Moderno Astrup Fearnley.

Estas son simples expresiones artísticas aisladas que abarcan los estilos más variados y están ahí, al alcance de todo el público.

Como muestra, simplemente pondremos algunas fotos que no requieren explicación.









"Hodet N. N." (La cabeza N. N.) en el parque Torshovdalen, de 7 m de altura.





Con respecto al idioma, habíamos aprendido algo de noruego por internet. Lo básico. Sabiendo inglés, no presenta complicaciones, dado que tanto uno como el otro son derivados simplificados del alemán.

Bromeando, se podría decir que, si tomamos dos o tres palabras en inglés, dos o tres en alemán, le cambiamos una o dos letras para despistar, y las ordenamos en forma razonable, tenemos una oración en noruego.

Por supuesto que nuestro conocimiento del idioma no daba para mantener una conversación, pero era suficiente como para interpretar lo que decía un cartel en la calle, atender indicaciones o advertencias, y saber lo que estábamos comprando en un supermercado. Todo evitando el tedio que significa estar buscando traducciones en el diccionario del celular.

De esta manera podíamos vivir y disfrutar nuestra estadía, olvidando por momentos que la misma era obligada por una situación totalmente fuera de nuestro control. Extrañábamos a nuestros hijos, pero estábamos tranquilos porque nos comunicábamos con ellos a diario.

En realidad, ellos estaban muy preocupados por nosotros, dado que temían por nuestra salud en un país tan lejano.

Lo mismo pasaba con nuestras amistades. Uno de ellos, que había sido compañero de César en Rotaract durante los años ochenta, nos ofreció hacer una colecta en el grupo de Whatsapp, que reúne a más de cien integrantes. Lo agradecemos mucho, pero no considerábamos necesario por el momento molestar a tan buenos amigos.

Una obra de arte mayúscula es el edificio de la Ópera. Ubicada en una bahía junto a la desembocadura del río Aker, en el barrio de Bjørvika. Es enorme, blanco, de mármol de Carrara y vidrio. Representa un iceberg asomando, y como tal, lo más importante está bajo el agua. Su auditorio principal, efectivamente, está sumergido 16 metros bajo el nivel del mar.



Edificio de la Ópera.

La parte que sobresale es imponente y con planos suavemente inclinados, que posibilitan subir caminando y acceder a su techo sin demasiado esfuerzo. Desde allí hay unas vistas espectaculares de la ciudad y del fiordo.



Lateral del edificio de la Ópera y a la derecha museo Munch.

Enfrente a la Ópera está la Biblioteca Pública "Deichman Bjørvika", que además de contener miles de libros ofrece cine, salas de conferencias y talleres, zonas de juego y un restaurante.

Vecino a aquella se encuentra el nuevo Museo Munch, inaugurado en 2021, al que se trasladó todo el material del antiguo edificio y se sumaron nuevos espacios y actividades.



Vista desde la azotea del edificio de la Ópera.

Enfrente hay una escultura flotante denominada "*She Lies*", hecha de acero inoxidable y vidrio, que representa un iceberg. Es una obra de Monica Bonvicini, inspirada en la pintura de Caspar Friedrich titulada "El mar de hielo". La estructura se mueve con las corrientes de agua y el viento, reflejando diferentes colores de acuerdo con la posición del sol.



"*She Lies*", escultura flotante.

El barrio de Bjørvika, que se extiende desde la Ópera hacia el este, es una zona progresista, con edificios muy modernos.

Entre ellos se destaca el llamado "*Barcode*" o "Código de barras", una serie de edificios angostos y largos dispuestos paralelamente (de ahí su nombre), entre la avenida Dronning Eufemia y las vías del ferrocarril.



Caminando por los distintos barrios de Oslo hubo muchas cosas que nos llamaron la atención. En el centro, los negocios que vendían artículos de cristalería y regalos, la calidad y el buen gusto. En una vidriera había un tigre de cristal que por lo menos debe haber tenido un metro de largo.





En las zonas residenciales de las afueras, era muy común ver casitas hechas para pájaros y ardillas, donde la gente les deja comida. En una oportunidad sorprendimos a uno de esos seres que muy graciosamente trepó a la suya, comió algo, bajó a gran velocidad y se perdió entre las plantas.

Otra vez, caminando, vimos cómo repartían el correo usando de transporte un pequeño pero vistoso auto eléctrico.



Un jueves, a principios de abril, salimos a caminar como de costumbre. Nos sorprendió que los supermercados no estuvieran abiertos. Salvo algún bar o quiosco, encontramos todo cerrado. Le preguntamos a un hombre por la calle y no supo aclararnos por qué. Más adelante venía una chica por la vereda. No recordaba cómo se decía en inglés, pero mencionó la palabra *Påske*. Así nos enteramos de que era Jueves Santo.

Se nota que por nuestra situación estábamos muy ajenos al calendario, y que la Semana Santa es muy respetada en el país, siendo feriado hasta el lunes siguiente inclusive.



Calle Smalgangen, frente a nuestro alojamiento.

El departamento era muy cómodo, pero el barrio no nos gustaba mucho. Muy solitario de noche y con muchos inmigrantes africanos y asiáticos. En ningún momento vimos algo que nos alarmara ni escuchamos de ningún hecho desagradable, pero quizás influenciados por los prejuicios que llevábamos de Argentina, nos parecía inseguro. Por lo tanto, decidimos buscar otro lugar donde alojarnos.

Grünerløkka

Encontramos un nuevo alojamiento a buen precio en el barrio de Grünerløkka.

Conociendo un poco más una ciudad, se van apreciando diferencias entre sus barrios. En el caso de Oslo, hay un hito que la divide en dos: el río Aker. Al oeste de su curso, en general, las familias que históricamente la habitaron fueron de una posición social más elevada, mientras del lado este predominó la gente de trabajo. La arquitectura en general evidencia ese aspecto, aunque el tiempo ha ido borrando las diferencias en algunos sectores.

Grünerløkka, ubicado al este del Aker, fue un distrito industrial. Hoy renovado, se ha convertido en un lugar de moda entre los jóvenes, y es catalogado como *hipster* y *trendy*.



Vista desde el balcón del departamento de Grünerløkka. Al fondo el parque Sofienberg.



Parque Sofienberg.

El departamento, en un segundo piso, quedaba muy cerca del Jardín Botánico y a una cuadra del parque Sofienberg.

Nuestros anfitriones eran Alex y Jessica, él noruego y ella española.

La habitación era amplia, y tenían otra para alquilar que estuvo ocupada esporádicamente. La cocina-comedor, muy espaciosa, tenía todas las comodidades, con un amplio ventanal y una puerta de salida a un balcón que daba a la calle Sverdrup, justo frente a un callejón a través del cual se veía el parque Sofienberg.

Si bien estábamos un poco más lejos del centro, se podía ir a pie, y por el camino había varios lugares interesantes para ver.



Parque Birkelunden y escuela Grünerløkka.

Generalmente tomábamos por la avenida Trondheim, cruzábamos el río Aker por el puente Ankerbrua y luego seguíamos por la calle Torgata hasta llegar a la esquina de la Catedral, unas quince cuadras en total. Algo más directo hubiera sido continuar por la Storgata, paralela a aquella, pero estaba en reparación y no era tan agradable transitarla.

La Torgata es una peatonal con muchos comercios, que atraviesa la plaza Youngstorget, la cual tiene una hermosa fuente. Frente a ella está la Casa de la Cultura y del otro lado, un majestuoso edificio sobre una calle más elevada, por lo que sobresale del resto.

A mitad de camino, frente al río, donde inicia la avenida Trondheim, se encuentra una antigua fábrica de cerveza, que visitamos. Una cuadra más allá, había una guardia médica, a la cual tuvimos que ingresar, no por beber mucha cerveza, sino porque César necesitaba un medicamento que toma regularmente por la tiroides y se le estaba terminando. Aún no sabíamos cuanto tiempo más deberíamos quedarnos.

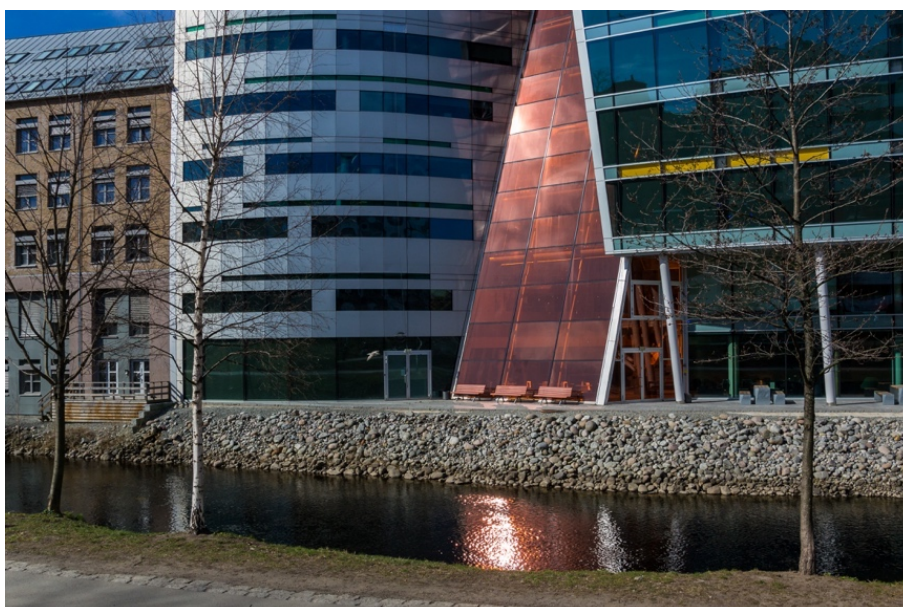


Avenida Trondheim esquina Hammerfest.



Antigua fábrica de cerveza Schou al inicio de la calle Trondheim, frente al río.

Una caminata que vale la pena hacer es remontar el río Aker por un sendero que lo bordea, desde casi su desembocadura hasta donde el cuerpo resista.



Edificios del barrio de Vaterland y río Aker.

Partiendo de Grønland (antes no se puede porque el río va entubado por debajo de las vías), lo primero que se aprecia del otro lado, es una hilera de edificios muy modernos con formas raras y vidrios de colores.

El sendero serpenteante, siguiendo los caprichos del curso fluvial, nos llevaba río arriba. Pasamos bajo puentes, por zonas verdes y otras edificadas, a veces modernas, a veces con color ladrillo viejo, altos muros que quizás ocultaran residencias o industrias que fueron o que siguen siendo.



A lo largo del curso se ven varios rápidos y cascadas, como Nedre foss y Vøyenfallene.



Hay sitios de esparcimiento para los más chicos, parques, infinidad de lugares para disfrutar y también para descansar, uno más bonito que el otro. Y todo a un paso de los barrios circundantes, donde se pueden encontrar sitios donde tomar o comer algo, o bien abordar un medio de transporte y retornar a nuestro alojamiento.



Vøyenfallene



Vøyenfallene



Río Aker, lugar de paseo y descanso.

A la altura de Nedre foss, cruzando el río hacia el oeste, se encuentra una zona llamada Gamle Aker (Viejo Aker).

Subiendo una cuesta con casitas muy pintorescas, se llega a la iglesia de Gamle Aker, el edificio más antiguo de la ciudad. Se trata de un templo románico del siglo XI.



Calle Telthusbakken.

A su entrada hay un monolito que dice "639 km hasta Nidaros". Refiere a ese otro monolito que vimos en Trondheim, frente a la catedral de ese nombre, cuya característica de centro de peregrinaciones destacamos en su momento.

Alrededor de esta iglesia hay un cementerio que data de la época medieval.

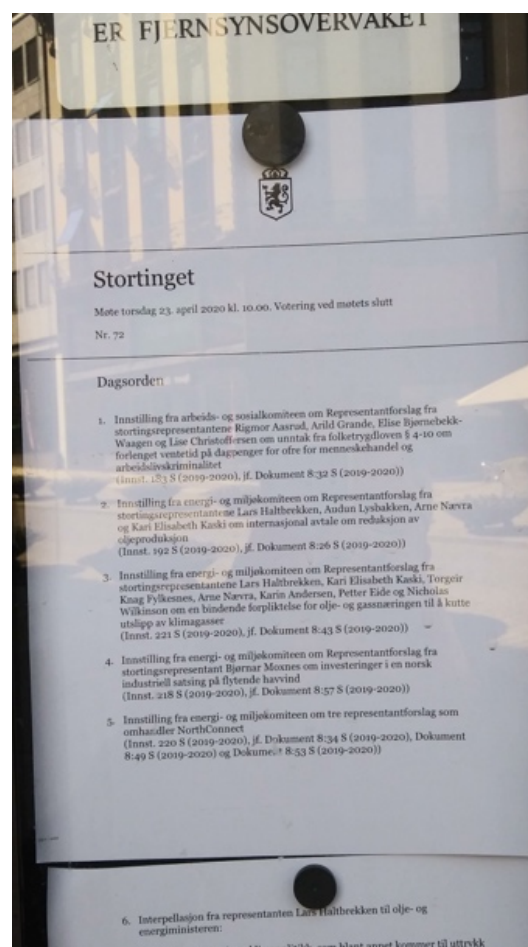


Monolito que remite a la Catedral de Nidaros, en Trondheim.

Cierto día, al pasar junto al *Storting*, sobre el ingreso lateral que da a la calle Karl Johan, vimos que había un transparente con el orden del día.

¡El Parlamento estaba sesionando en plena pandemia!

Nos acercamos a curiosear. Según el papel, en esa jornada debatían sobre temas de energía.



Pero lo que más nos sorprendió fue que al llegar a la plaza frente al Parlamento, vimos un grupo de gente en un acto de protesta. Pertenecían al pueblo Sami, vestían a la usanza y se manifestaban en contra de la instalación de molinos eólicos en las tierras que ellos utilizan como pastoreo para sus renos.



Un representante del pueblo Sami leyendo una proclama contra molinos eólicos.

Los Sami, también conocidos como lapones, son un pueblo indígena de Noruega, que también ocupan la porción norte de Suecia, Finlandia y la península de Kola, en Rusia. Noruega los ha reconocido oficialmente como "pueblo indígena" y gozan de protección y privilegios.

Entre mediados y fines de abril comenzaron a reabrir los colegios por niveles, empezando por los jardines de infantes, después de permanecer cerrados por un mes. A una cuadra de nuestro alojamiento estaba la *Lakkegata Skole*, una escuela primaria. Uno de esos días vimos que, en las ventanas del edificio, habían colocado con letras grandes en cartulinas, a modo de bienvenida a los alumnos, la leyenda "*Vi savner dere!*", ¡los extrañamos!



Holmenkollen es una zona montañosa a unos 7 km al noroeste de Oslo, famosa como área deportiva con su plataforma de salto de esquí, donde se celebran competencias desde fines del siglo XIX.

Un día tomamos un colectivo y fuimos hasta el final del recorrido. Nos dejó bastante más allá del complejo deportivo. Caminando hacia él, pasamos por una zona boscosa y luego por un área residencial edificada en la ladera de la montaña. Desde allí había una vista espectacular de la ciudad y del fiordo.



Vista desde Holmenkollen.

Muchas casas tienen el techo cubierto de tierra donde crece el pasto. Es una técnica muy común en la región, dado que sirve como aislamiento térmica.



Plataforma de salto de esquí.

Cerca del complejo deportivo está la capilla de madera de Holmenkollen, la cual fue reconstruida en 1996 luego de sufrir un incendio.



Vista panorámica de la ciudad de Oslo y de su fiordo desde Holmenkollen.

Aker Brygge es otro paseo imperdible. Arranca desde las puertas de la Municipalidad de Oslo (*Oslo Rådhus*), un edificio majestuoso de ladrillos con dos torres. Su hall central está decorado con pinturas en sus paredes que representan la vida en Oslo y Noruega entre las guerras y durante la ocupación.

En esa gran sala se realiza anualmente la ceremonia de entrega del Premio Nobel de la Paz.



Municipalidad de Oslo.

El exterior del edificio está adornado con estatuas y bajorrelieves que representan oficios y profesiones.



En uno de los muelles frente a la Municipalidad.

Cruzando una gran plaza con jardines y monumentos hay una serie de muelles donde atracan, entre otros, barcos de excursiones.

Frente a la Municipalidad está el Centro Nobel de la Paz (*Nobels Fredssenter*). Es un museo que presenta a todos los premiados, realiza exposiciones y muestra la vida de Alfred Nobel y de todos los premiados.



Centro Nobel de la Paz

A continuación, sobre la costa oeste de la bahía, está Aker Brygge. De su primer tramo salen los *ferrys* que transportan pasajeros hacia las islas y otros puntos del fiordo.

Más allá es un atracadero de yates y un paseo costanero muy elegante con bares y restaurantes que ponen sus mesas al aire libre en temporada de verano.



Uno de los ferrys que cumplen servicio de transporte.



Aker Brygge.

Sobresale un restaurante con un diseño arquitectónico llamativo, con un techo ondulado imitando las antiguas construcciones vikingas de madera.



Restaurante en Aker Brygge.

También encontramos un par de saunas flotantes, en los que muchos se "castigan" luego de bañarse en las heladas aguas del fiordo. Un atractivo poco común que no estamos habituados a ver en nuestro entorno.

Al final de Aker Brigge está el Museo de Arte Moderno Astrup Fearnley, rodeado de un parque con esculturas. Desde allí hay una vista panorámica de la bahía y del fiordo.

Aker Brygge, además del paseo turístico, involucra un área residencial de altísimo nivel con edificios muy modernos.



Museo de Arte Moderno Astrup Fearnley.

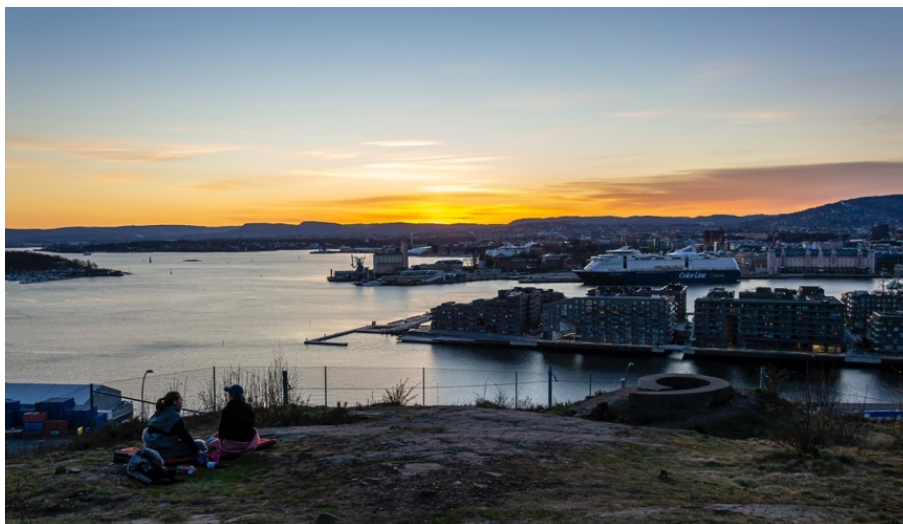
Siguiendo un consejo de nuestra anfitriona, Jessica, una tarde fuimos al parque Ekeberg a esperar que se pusiera el sol. Según ella, había que ir esa hora, la mejor para tomar fotos.

No se equivocaba en lo más mínimo. El espectáculo es maravilloso.

Se trata de una zona alta y cercana, desde donde se domina la ciudad y el fiordo, todo enmarcado entre montañas.



Por esa zona andaba cierto día el pintor Edvard Munch, cuando vio ponerse el cielo rojo detrás de la ciudad y, tal como él mismo lo atestiguara, eso le produjo tal impresión que le dio ganas de gritar. Así nació su famoso cuadro "El grito".



Tiempo después volvimos a ir, esa vez a pasar el día, como para recorrer el parque, que es muy grande. Todo lucía diferente a esa hora de la mañana. Tomamos algunas fotos más, entre ellas una serie para hacer una panorámica.



Vista panorámica del fiordo y de la ciudad de Oslo desde Ekebergparken.

Luego nos internamos en el parque. Seguimos un sendero rodeado de árboles. Había esculturas de todo tipo. La más llamativa era una instalación que mostraba imágenes y sonidos.

Más allá, tras un alambrado, había varios chivitos. Los chicos se divertían alimentándolos. En un corral con caballos vimos un cartel indicando que se daban clases de equitación.

Caminando un poco más encontramos un lugar ideal para sentarnos a comer algo mientras veíamos muchas familias con sus niños en los juegos.



Instalación audiovisual.



Luego seguimos nuestra marcha hasta salir del parque y encontrarnos con un barrio de hermosas casitas, tras las cuales se empezaba a ver el mar.



Así llegamos cerca de la costa, en medio de un barrio edificado en una cuesta y abajo circulaban las vías del ferrocarril y una avenida.



Enfrente, comunicadas con puentes, había tres pequeñas islas. Bajamos, cruzamos a una de ellas, cuyo nombre es Ormøya. Sobre una colina se divisaba una iglesia. A nuestra izquierda apreciábamos el mar con muchos yates y lanchas atracados; también había casitas de fin de semana.



Isla Ormøya.

Cruzando otro puente llegamos a la isla Malmøya, en ella unos chalets hermosos con jardines perfectamente cuidados, árboles y flores muy coloridos.

Volvimos y cruzamos a la isla Ulvøya desde la que se podían apreciar los fiordos y las otras islas.



Isla Ormøya.

Estábamos muy cansados de caminar, así que tomamos un colectivo hasta la ciudad, con muchos deseos de volver para recorrer las islas con más detenimiento. No pudimos hacerlo.



Isla Malmøya.

Luego de un mes y medio en Oslo y dos meses en Noruega, casi todo el tiempo con la incertidumbre de cuándo volveríamos a casa, inesperadamente surgió una posibilidad.

De la Embajada nos informaron que había un vuelo a Buenos Aires desde París. El problema que vislumbrábamos era que, ante cualquier dificultad para llegar a tiempo y abordarlo, quedaríamos varados por tiempo indefinido en un país donde la cuarentena fuera estricta. Además, pagar nuevamente pasajes que una vez más no pudiéramos utilizar, nos pondría en una situación verdaderamente desesperante.



Alicia con Lucía Raffin, funcionaria de la Embajada, en nuestro alojamiento gestionando el regreso.

Por otra parte, sentíamos temor por lo que pudiéramos encontrar en Argentina. Nos llegaban noticias de que la gente estaba encerrada, que había muchos controles policiales y rumores de muertos y desaparecidos por desobedecer la cuarentena.

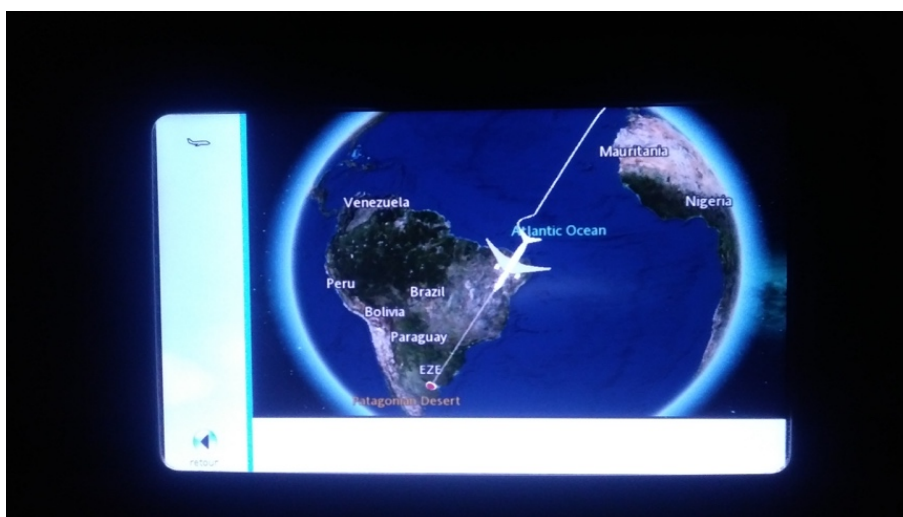
A pesar de estos temores y dado que desde la Embajada nos prometieron un salvoconducto que nos ayudaría a llegar a Francia sin inconvenientes, decidimos arriesgarnos.

Ayudados por ellos, conseguimos un vuelo con escala en Amsterdam, que llegaba al aeropuerto Charles de Gaulle con bastante antelación, y nos daba tiempo suficiente para hacer los trámites necesarios antes de abordar el otro que nos traería a casa.



Vuelo de KLM, Oslo-Amsterdam.

Así llegamos a París, y luego de hacer una cola interminable y llenar un montón de planillas, por fin pudimos abordar el avión. Éramos 379 pasajeros, todos argentinos, en un jumbo de Air France. Un vuelo "humanitario" por el que tuvimos que pagar una fortuna más impuestos, quedando con la tarjeta de crédito en rojo durante varios meses.



Pantalla con información del vuelo. Ya falta menos para llegar.

En Ezeiza encontramos un remise que tenía todos los permisos para viajar y gracias a eso pudimos hacerlo sin mayores inconvenientes.

Al llegar a San Nicolás nos detuvieron para tomarnos la temperatura, nos hicieron mil preguntas y arribamos a casa con custodia policial, donde tuvimos que hacer cuarentena por quince días.

Atrás quedaban el canto de centenares de gaviotas revoloteando en los puertos de pescadores, el crujido de la nieve a nuestro paso, el fluir del agua en las cascadas, el graznido de los cuervos en los árboles de la calle, el característico sonido de los tranvías, las risas de los chicos en los parques...

Lejos dejábamos las casitas rojas en las costas de Lofoten, las montañas hundiéndose en las aguas de los fiordos, los plátanos secos con sus ramas como dedos señalando hacia el cielo, los canteros cada vez más floridos, los aromas de la primavera boreal naciente...

También atrás quedaban aquellos sentimientos encontrados que experimentamos en Oslo: las ganas de volver a casa y ver a nuestros seres queridos y, simultáneamente, el deseo de seguir conociendo los sitios que nos habían recomendado y no fue posible, como el interior de la Ópera, que abría nuevamente al público justo el día en que partimos de regreso.

No obstante, conservábamos toda la experiencia vivida, la satisfacción de haber conocido nuevas culturas y costumbres propias de cada región, como el hábito de quitarse el calzado al entrar a las viviendas, muy común en el norte de Europa, donde la nieve está presente gran parte del año.

El clima severo de Noruega modela a su gente, y el folkllore popular acuña frases como "*Det finnes ikke dårlig vær, bare dårlige klær*" (No hay mal tiempo, sino mala vestimenta). Pudimos comprobarlo.

También comprobamos la amabilidad de la gente: en todos los lugares donde nos alojamos fuimos muy bien tratados. En el primer departamento de Oslo, por ejemplo, las anfitrionas tenían una caramelera de cristal en la mesa del comedor, siempre llena de bombones, y nos insistían reiteradamente que nos sirviéramos a gusto. Antes de mudarnos les regalamos un paquete de la misma marca, como agradecimiento. No era para menos.

Jessica, en el departamento de Grünerløkka, cumplió años mientras estábamos allí. Hizo una reunión con sus amigos y nos invitó a que nos sumáramos a comer una porción de torta. Fue una linda experiencia y muy grato compartir con ellos ese momento.



Hygge: comedor de nuestro alojamiento en Grünerløkka, Oslo.

Durante nuestra larga estadía en Oslo desarrollamos mucho cariño por esa ciudad, que no estaba en nuestros planes originales visitar, y sin embargo nos había tratado tan bien. ¡Nunca la olvidaremos!

Allí fue donde experimentamos en todo momento esa sensación que los nórdicos llaman *hygge*.